

Dr. Bierce

Ambrose Bierce

El diccionario del diablo

Barcelona: Galaxia Gutenberg/

Círculo de lectores, 2005

“El mejor truco que el diablo inventó, fue hacer creer al mundo que no existía”.

Sospechosos habituales, Bryan Singer

En estos tiempos de sobremodernidad que operan bajo los mandatos de la conexión, la interrelación, la alianza, el mercado común y el signo positivo de la integración y los valores comunitarios, cabe pensar la existencia de un polo negativo y disgregante, de un universo de disensión y divergencia, de una fuerza perturbadora cuyo deseo es la fragmentación, el alejamiento de la excesiva fraternidad, el cambiar los sentidos “blandos” por duras respuestas y encabezar la lucha contra la dulcificación y los “peluchismos” de la razón.

Bierce constituye, sin duda, un epicentro fundamental en este seísmo misántropo y animadversivo. Polarizado hacia la negatividad de lo humano, Bierce es un termómetro de la mezquindad, un señalador de errores, un faro nocturno que guía a los inmensos barcos de la crueldad, el cinismo y lo descarnado hasta las orillas del continente de lo real.

Los valores con los que juega, como si fueran malabares, han sido rescatados de las profundidades léxicas que pocos se atreven a mencionar. Su prosa es un continuo *speech* de lo que nadie quiere hablar, una filosofía del oprobio, una epistemología de la maldad.

Este glosario diabólico es, como todos los diccionarios, un intento por desentrañar el nombre de las cosas, auscultar y viviseccionar los significantes para desvelar su significado. Pero Bierce no pasa consulta a los términos con la asepsia y la higiene, con la blancura y la limpieza que se le confiere por regla general a la pretendida objetividad. Su quirófano semántico se despliega en cualquier lado, su instrumental tiene la herrumbre de los años, el pulso de una vida llena de infortunios, el pulso de un cirujano inteligente y cáustico. Casi se diría que no quiere que ninguno de sus pacientes sobreviva, aunque la verda-

dera realidad es que los conceptos que se despliegan sobre su mesa de operaciones llegan prácticamente muertos a su entender, desposeídos de su innata crueldad, barnizados por procesos aparenciales, edulcorados, trucados para poder ser utilizados en una sociedad que, desde el siglo XIX, tiene una febril necesidad por vivir en un estadio de exultante felicidad, independientemente de que ésta sólo se dé en el lenguaje (pues no hay que olvidar que la obra se gesta en la antesala de la primera gran guerra).

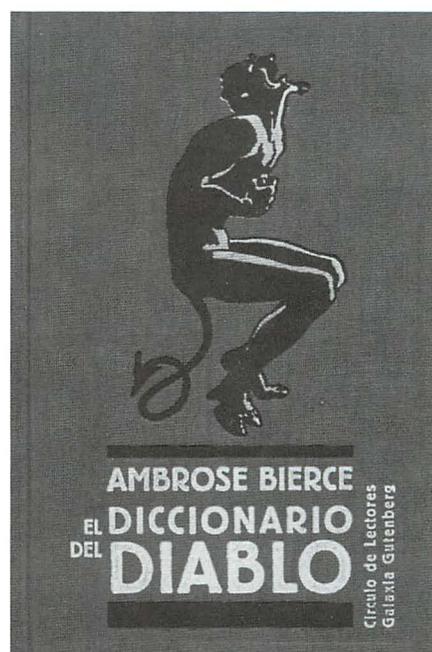
Con la terminología seleccionada, desplegada y abierta en canal, su método consiste en librar al cuerpo de todo signo positivo, destruir cualquier capa de epidérmica indolencia, hacer sentir al vocablo el dolor de su existencia. Para él no tiene sentido trabajar como un médico tradicional (“Caballero que prospera gracias a la enfermedad y muere de salud”), su trabajo es más como él describe el arte culinario (“Arte y práctica doméstica que consiste en hacer intragable lo que ya era de por sí indigerible”).

A sus manos llega el vocablo enfermo, y en vez de curarlo, redobla la sintomatología (igual que hace el actual paradigma de cinismo anglo-americano, Dr. House), llevándola casi hasta el paroxismo, hasta que rompe su propia elasticidad semántica y acaba desbordándose en un torrente de ironía, de contradicción, de humor oscuro, negro, cancerígeno. Las palabras estallan liberando toda su fuerza descriptiva, hasta el significado más oculto e inefable sale a la pista de un circo ambulante donde Bierce es el maestro de ceremonias y la entrada en el diccionario la carpa bajo la cual sucede el espectáculo. Define su propio proyecto:

“**Diccionario**, s. Malévolo artefacto literario para restringir el crecimiento de un idioma volviéndolo envarado e inflexible.

Fabio Rodríguez de la Flor

Según sus propias palabras, es un hombre alto, guapo, fuerte y cruel. Se ha leído sin pudor a Joyce, a Proust, a Marx y a Jack Daniel's. Al parecer estudió Historia del arte en la Universidad de Salamanca. Sin embargo, según confiesa su hermana, en sus mejores tiempos fue raper, skater y graffitero. En la actualidad dirige con mimo y buen criterio la editorial Delirio.





Anónimo del s. XIX

Sin embargo, el presente diccionario es una de las obras más útiles que su autor, el doctor Juan Satán, ha creado jamás. Está pensado para que sea un compendio de todo lo conocido hasta el día de su conclusión y sirve para manejar un destornillador, reparar un vagón rojo o solicitar un divorcio. Es un buen sustituto del sarampión y hará que las ratas salgan de sus agujeros para morir. Es un disparo letal para los gusanos y hace llorar a los niños.”

Uno no está preparado para tanto silogismo amargo, para tanta palabra-puñal. Quizá sea la propia denominación de “diccionario” la que hace que el lector, a priori, adopte una actitud relajada, acrítica, pues presupone, ante este tipo de lecturas socialmente objetivadas, que no ha de emitir juicio ni involucrarse, y que simplemente ha de “acontecer”, dejarse llevar por la revelación del significado de los términos. En cierta forma, Bierce se adelanta a lo que Orson Welles hará años después con su lectura de *La guerra de los mundos* para la RKO. La narración de la novela no empieza en su espacio habitual de ficción, sino que se inaugura en los noticieros, con las voces objetivas de los locutores, en los lugares donde el oyente sólo es receptor. Es con este mismo fraude con el que Bierce logra penetrar la ya de por sí permeable y liviana membrana de juicio del sujeto y enchufa directamente su propia visión en la hipófisis del lector. Es a continuación cuando descarga todo su voltaje semántico.

El **cerebro** (“aparato con el que pensamos que pensamos”) queda paralizado, inutilizado para la objeción, enfermo, desposeído de su aura sináptica, incapacitado para somatizar tanta tergiversación, tanta mala leche concentrada. No da tiempo a responder, a menos que el lector se haga con la situación de inmediato y comprenda que entre sus manos no tiene una obra de consulta, sino que es un compendio de insultos, aforismos, bromas, ironías, exabruptos, y que si bien puede saltar de uno a otro, ha de haber cierta linealidad para comprender el sentido general del libro, ha de recibir varios impactos para saber que está en mitad de una reyerta. Al fin y al cabo es el diablo quien escribe (“**Diablo**, s. Causante de todos nuestros males y propietario de todas las cosas de este mundo que merecen la pena”), un hombre capaz de hacer avioncitos de papel con la moralidad, un sátiro que, como anuncia la magnífica ilustración en la edición de *Círculo de Lectores*, no hace más que señalar y reírse a carcajadas de los hombres, de su ineptitud, de su codicia, de su hipocresía, de su falsa apariencia, de sus contradicciones y su contingencia.

La obra de Bierce termina incluso volviéndose contra sí misma, riéndose de su propia base teórica (“**Crítica** –hacer una–, s. Poner tu sabiduría –dando por su puesto que la tienes que ya es mucho suponer– a trabajar en un libro y leer en él las cualidades que acabas de decidir que tiene antes de abrirlo”). Pero esta solución entrópica no hace más que acentuar su carácter perdurable, su originalidad, su maravilloso juego retórico. Como escribe Cioran: “Un libro que, después de haberlo demolido todo, no se destruye a sí mismo nos habrá exasperado en vano”. Por eso, la propia vida de Bierce no termina, sino que se esfuma, desaparece, se eclipsa. En lugar del cuerpo del delito encontramos unos puntos suspensivos, un silencio sepulcral tras la tormenta, pero sin indicios claros de que lo que ha sucedido no podrá volver a ocurrir.

Ambrose Bierce desaparece hacia 1913, con 71 años, en la selva mexicana, unido a las tropas de Pancho Villa, alejándose de su lugar junto a Poe, a Twain, a Nietzsche, a Marx y Freud, dando la espalda a su propio nombre y a la repercusión de su obra. “Fijense –dice– en cómo resuena mi fama por todas partes, mil críticos gritan: ‘es un desconocido’”. Con un corpus pero sin cuerpo, el diablo hizo creer al mundo que nunca había existido.

Y en un simple movimiento, zas, desapareció.

No se me ocurre otra cosa que dé más miedo. ◀▶